

Imágenes de la cultura hipermoderna: sus principales transformaciones comunicacionales y políticas

Claudio Molina

Universidad de Chile

claudio.molina.v@gmail.com

Resumen

El advenimiento del desarrollo productivo taylorista arraigó y posibilitó la economía política a escala mundial. Se trata de procesos tecnológicos que para su desarrollo progresivo precisaban de una estrategia basada en la comunicación. A partir del nacimiento del modelo comunicacional estratégico y la posterior inserción en la sociedad, se reconocen tres fases: el comienzo del desarrollo industrial, la consolidación posmoderna y la consumación. Entre las dos últimas mutaciones convergen y aparecen las imágenes de la cultura hipermoderna: representaciones que muestran como efectos principales un decaimiento de la creatividad, un nuevo orden de disciplinamiento, la aparición de un nuevo ego y finalmente, la producción de una imagen sin contenido.

Abstract

The advent of the Taylorist productive development rooted and made possible the political economy on a world scale. These are technological processes that, for their progressive development, required a strategy based on communication. From the birth of the strategic communication model and the subsequent insertion into society, three phases are recognized: the beginning of industrial development, the postmodern consolidation and the consummation. Between the last two mutations images of hypermodern culture converge and appear: representations that show a decline in creativity, a new order of discipline, the appearance of a new ego and finally, the production of an image without content as these main effects.

Palabras clave

Cultura, comunicación, imagen.

Keywords

Culture, communication, image.

¹ Claudio Molina Vega. Licenciado en sociología de la Universidad de Arte y Ciencias Sociales y Magíster en Comunicación Política de la Universidad de Chile. Investigador asociado a CEPE (Centro de Estudios Periferia Epistemológica) perteneciente a la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Contacto: claudio.molina.v@gmail.com

Introducción

La siguiente investigación pretende visibilizar los efectos y materialidades que ha tenido el imperar de la técnica moderna, como dispositivo comunicacional en la evolución de la posmodernidad hacia la hipermodernidad. En ese sentido, los principales lineamientos investigativos (de la comunicación e imagen) se presentan desde las transformaciones económicas-políticas de la mitad del siglo XX, hacia nuestro presente. Estos cambios se reconocen con la iniciación de la industrialización del capital, en otras palabras, a partir del modelo productivo taylorista. Luego, con el perfeccionamiento fordista, fecundando paulatinamente la era posmoderna, hasta adentrarse en los años 60'-70', tiempos que modifican aceleradamente la fase de la consumación.

Desde las modificaciones de la posmodernidad hasta el siglo XXI, encontramos el diagnóstico pesimista-latente de Gilles Lipovetsky. Digamos brevemente que el pesimismo no busca un modelo de desarrollo teleológico de tipo lineal hacia el progreso, ni tampoco una huida hacia una utopía. Su objetivo principal es mostrar el desarrollo y el sentido de la cultura hipermoderna. De este modo, podemos reconocer una asociación con la sociología de la comprensión de Max Weber (2002), en perspectiva de trazar brevemente sus desarrollos metodológicos.

La comprensión, es decir, la captación y conexión interpretativa de sentido de las imágenes de la cultura hipermoderna, se despliega en tres momentos. En primer lugar, de tipo ideal (fenómeno frecuente), se muestra un decaimiento inevitable del sentido del lenguaje, que se materializa en que, la producción de saber deviene generalmente una técnica económica. En segundo lugar, de masa, el disciplinamiento de la acción humana se acrecienta y se inmiscuye en la psique humana, en función de los dispositivos tecnológicos. Finalmente, en tercer lugar, de acción particular (en asociación histórica), las crecientes transformaciones económicas políticas de las sociedad hipermoderna condensan un excesivo individualismo.

Desarrollo Del devenir de la postmodernidad hacia la hipermodernidad

Cuando Lyotard postula un advenimiento de una nueva sociedad –en tanto, una nueva cultura– que surge a partir de las mutaciones en los albores de los años 60', los cuales se condensan en el tránsito de la era industrial hacia la era postmoderna. Intrépidos y acelerados cambios que se traducen en “la re-obertura [réouverture] del mercado mundial, la muy viva recuperación de la competencia económica, la desaparición de la hegemonía exclusiva del capitalismo americano, el decline de la alternativa socialista, la abertura probable del mercado chino [nuestra traducción]” (Lyotard, 1979, p. 16). Procesos históricos que, a no dudar, en nuestro siglo XXI han logrado su consolidación mundial. Desde luego que la crisis de la sociedad industrial de masas hacia nuestra época se manifiesta según Lyotard por la “descomposición de los grandes relatos [...] [En otras

palabras,] la disolución de la relación social y el tránsito de colectividades sociales en el estado de una masa compuesta de átomos individuales [nuestra traducción]” (Ibíd., 31).

En ese entonces el diagnóstico de Lyotard se encontraba acertado, pues la comunidad se disolvió en átomos o individuos sin relación social, y el campo económico-político logra su inmanencia totalizante en el sistema-mundo (Weltsystem, en su doble matiz como apunta Reguera, como sistema del/de mundo y sistema universal, cf. Sloterdijk, 2010, p. 26). Ahora bien, las reflexiones de Lipovetsky van más allá, en el sentido de que agregan la palabra exceso, es decir, hiper a la postmodernidad, tiempos de exceso de capitalismo, exceso de individuo, exceso de consumo, exceso de esquizofrenia.

Sébastien Charles (2004) reconoce que habría tres momentos decisivos en el devenir de lo posmoderno hacia lo hipermoderno.

1. La transformación que evidencia Lyotard del nacimiento de la producción industrial taylorista, en compañía con el progreso del transporte y la comunicación. Luego, un capitalismo moderno que se caracteriza por la emergencia de la publicidad y el marketing.
2. La segunda fase desde 1950, es la consumación de lo anterior, el cual lleva de la mano la aparición de la lógica de la seducción del individuo. “Aparece narciso [...] individuo cool, flexible, gozador y libertario, todo a la vez. Es la fase jubilatoria y liberadora del individualismo, que se expresa a través de la desafección de las ideologías políticas, el decaimiento de las normas tradicionales, el culto del presente y la promoción del hedonismo individual [nuestra traducción]” (p. 32).
3. La tercera fase es la hiperconsumación. El individuo deviene hipernarciso, donde las pautas de lógica de la vida privada son las que van a guiar toda la publicidad.

Notemos que las anteriores fases requieren pensar nuevas categorías en el aparato teórico social. Porque podemos reflexionar, y luego preguntarnos cómo emerge la conocida lucha de clases, conteniendo la creciente burguesía centrada en un excesivo individualismo. Lipovetsky se sitúa dentro del campo de la constatación sociológica de la diferencia radical de la sociedad; de este modo, se aparta de la sociología de la distinción (de Pierre Bourdieu), y abre una comprensión que nosotros denominamos como el paroxismo individual, donde la distinción ya no recae en clases, sino en partículas cosméticamente distintas, que no logran una asociación de clase o grupal. Y cuando lo logran es tan efímera, o tan líquida, que basta un poco de tiempo para producir la dispersión de la asociación.

Nuestro ensayo se ubica dentro del pensamiento posmoderno e hipermoderno, aunque algunas veces se tienda a abrir otros significados para la vida en el fuerte y arrollador espectáculo del individuo contra la sociedad, porque ¿no estamos obligados a pensar que ya está todo hiperconsumado?

Apuntes de la comunicación como dispositivo del sistema

La comunicación ha mutado en la nueva industria de la información, pareciera ser que esta nueva especie de comunismo virtual viene a marcar una vuelta de carnero a lo que entendíamos por comunicación y sociedad. Pues bien, desde la fuente de la Escuela de Frankfurt sabemos que el núcleo de esta transformación económico-política es la industria cultural.

Cuanto más íntegramente se resuelve el lenguaje en pura comunicación, cuanto más plenamente se convierten las palabras, de portadoras sustanciales de significado, en puros signos carente de cualidad, cuanto más pura y transparente hacen la transmisión del objeto deseado, tanto más opacas e impenetrables se hacen al mismo tiempo las palabras (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 2009).

Aparece la maquinación del pensamiento anunciado por Nietzsche, e incluso reflexionado por Jacobi a partir de la abstracción kantiana. Se trata pues de un vacío inevitable que surge producto de la pérdida de la vitalidad, lo orgánico y lo crudo de las palabras, en la perspectiva de generar un sistema o maquina general de administración que domine y proyecte el ser. Podemos pensar en la metafísica de la concupiscencia de los ojos (Heidegger, 2015, p. 196), es decir, desplegar el fenómeno completo desde la vista, (en desmedro, por ejemplo, del escuchar o el tocar), y asociarlo al ojo de la hipermodernidad. De este modo la tesis fundamental de la sociedad occidental (según Heidegger): ¿cómo muta con la supremacía de las imágenes? O ¿Cómo es el ojo del narciso consumado? Digamos brevemente que cuando los análisis de la comunicación política visibilizan un grave deterioro de las palabras, y por tanto de la escritura es porque denuncian una transformación en las relaciones sociales, que se efectiviza en la pérdida del relato común, es decir, en la pérdida de comunidad - o si usted quiere en sentido trascendental: se efectiviza la fuga del espíritu.

No solo pensar la comunidad es un gigantesco problema, que a nuestro parecer la filosofía francesa de Blanchot y Caillois han puesto fibras ontológicas sustanciales -desde luego que, aún inestables. Si el relato común está líquido o desvanecido, es porque nuestra cognición de asociar el tiempo no logra su aprehensión ontológica, ni menos su comprensión. Los tiempos indigentes ocurren desde un cambio del tiempo corriente (recordemos que este tiempo no tiene garantía científica, pero de igual manera, todos lo usamos en el mundo circundante). Se trata pues del pasado,

el presente y el futuro, el cual deviene en nuestros tiempos hipermodernos como un presente inmediato (volveremos sobre ello). El efecto de lo anterior es que la memoria del pensar queda coja, pues no tiene la experiencia que permita el acontecer y la conjunción del relato común. Esta narración también puede ser llamado como el mito, e incluso con la palabra historia (desde luego que no historiográfica). En efecto, lo que se manifiesta con la aceleración del tiempo es la aparición de un ojo que experimenta un presente inmediato y que, además, lo olvida todo. Pierde la experiencia, e incluso no puede lograr encadenarse en la metafísica del ver, básicamente porque no tiene la voluntad de leer ni de percibir, sino de desvanecer sus ojos en imágenes fugaces.

Evidentemente se trata de reflexiones breves y generales cuyo desarrollo no cabe aquí, porque justamente estamos viviendo el efecto maniático de nuestra época: la creencia de que no hay tiempo, o el culto del presente. En estricto rigor, se manifiesta una pérdida de la vitalidad del ser, porque la negatividad del Lenguaje es cambiada por el común positivo interconectado del sistema. Se trata pues, de una violencia de tipo virulenta. La enfermedad produce una identidad vacua, la cual deviene en la conocida neurosis colectiva, basada (por ejemplo) en el básico cinismo del intercambio instantáneo representativo del me-gusta de las plataformas narcisistas virtuales. El tecno-mercado ofrece a través del valor emotivo y de culto darle al cuerpo una nueva cosmética significativa, que se traduce en “nuevas” identidades aparentemente diferenciadas. Estos procesos que se muestran como libres, autónomos y “revolucionarios” demuestran al parecer que la estética es una vieja palabra barroca, y en tanto la comunidad, o en sentido riguroso: la asociación de individuos virtuales no cuestiona, no interroga, ni menos crítica sus despliegues en la red. ¿Se preguntarán hacia dónde van sus datos? En suma, aparte de ser un alto desgaste cognitivo diario -o si se quiere un trabajo no remunerado, las metáforas y la acción parasitaria de los usuarios asociados al imperar de la técnica moderna, no son más que una reproducción sin sometimiento al capital cognitivo. En lo anterior, el famoso texto *The medium is the message* (McLuhan y Fiore, 1967), se acerca a responder la pregunta, pues los hombres son efectos de la técnica, en estricto rigor, de los dispositivos técnicos. En ello, los aparatos son una extensión de las habilidades del hombre.

El conocimiento viene administrado desde la fundación

En los dispositivos de producción de saber, podemos ver una “cerca inmunitaria” (Ossa, 2016, p. 75) que opera en la producción misma del artista o el investigador, dejando el proceso “creativo” subordinado a la estandarización de la maquinaria concursable o a la circulación tecno-económica de papers. Explicado, de otro modo, la economía del saber hipermoderno se puede reconocer con la categoría de innovación permanente. La categoría comprende, principalmente, una transformación radical entre techné y episteme. El cambio fundamental, se puede resumir en que la invención está atrapada en la mera circulación económica, y por lo tanto, la “creatividad” ya podría ser ¿el puro imperar técnico? Porque si usted piensa, la acusación de Heidegger (2010) de la primacía del método en la investigación, produce una transformación en la libertad de la creación y su desarrollo, de tal manera que se impide la activación de la imaginación. No se hace posible porque ya tanto el método como los formularios de postulación a fondos, transforman desde su génesis el proceso creativo, produciendo, por lo tanto, una obra contaminada por la técnica moderna.

[Con la técnica contemporánea, en la que] progreso científico y progreso técnico están [...] cada vez más relacionados, en la que innovación y progreso económico ya no pueden ir el uno sin la otra, hay una inversión de sentido en el esquema general: la innovación ya no es lo que resulta de una invención, es un proceso global encaminado a suscitar la invención, la innovación programa su resurgimiento. Antes, para que la invención fuera aplicada, tenía que esperar a que las condiciones técnicas, económicas, sociales, etc., se hubieran vuelto favorables. Seguía la innovación. Ahora, lo que suscita la invención es el deseo de innovación (Stiegler, 2003, p. 68).

Como vemos, invención e innovación se depende, pero no son lo mismo. La invención no es del autor, sino de la racionalización de su determinada época. Por otro lado, la innovación en su mayoría es económica, “es lo que lleva a cabo una transformación del sistema técnico sacando consecuencias para los demás sistemas” (Ibíd., 61). De este modo, el conocimiento general del siglo XXI viene tensado y producido por el vocablo ‘economía’.

La cultura de la hipermodernidad

Por lo tanto, con los cambios asociados al sistema-mundo (Weltsystem) se debe considerar que,

La industria cultural no era el resabio ideológico del taylorismo, ni representaba la fase anacrónica de una economía de acumulación primaria. Al contrario, en ella se estaba constituyendo la genealogía del capitalismo cognitivo [...] una potencia molecular retroalimentándose de sus ficciones, desajustes y accidentes. Valorando al lenguaje no por su exactitud, sino por los desplazamientos, trizaduras y pliegues (Ossa, 2016, p. 98).

Este nuevo capitalismo tardío se apodera del lenguaje, para adentrar su dominio a través de los cada vez más inteligentes dispositivos, que además vienen a transformar al sujeto implicado. Con el lenguaje dominado por el capital, podemos hablar de una era consolidada y consumada. Pareciera ser que Fukuyama (1993) tenía razón en postular que la historia se va a detener.

Si pensamos en la tesis de Benjamin (Lowy, 2006), preguntémonos: ¿el capitalismo deviene religión? No estamos seguros si es una religión. Aunque tenga prácticas similares a la experiencia religiosa ya que, “este hipercapitalismo, escéptico y ecléctico al mismo tiempo es, bien mirado una apuesta radical por el ‘Reino de este mundo’, cuyo horizonte de sentido no podría ser sino el advenimiento de un neopaganismo de alta tecnología” (Cuadra, 2007, p. 74). Desde el círculo de la reproducción del capitalismo avanzado como comportamiento similar a la experiencia religiosa, aparece el «hommo consumans», donde

“el trabajo y la adquisición de dinero son más valorizados que los goces de la vida. En América, es la búsqueda de confort la cual comanda la actitud del consumidor: las licencias de la vida y la maximización de las satisfacciones no son los propósitos primordiales de la existencia [nuestra traducción]” (Lipovetsky, 2006a, p. 146).

Aclaremos que no es lo mismo el placer y el confort; es más, el pensador francés nos dice que hay una contradicción entre ambos, porque el confort considera una vida acomodaticia, es decir, la eliminación de los esfuerzos psíquicos y corporales. Por otro lado, el placer para lograr la satisfacción tiene que necesariamente pasar por activar la psique, en otras palabras, por la posibilidad misma del pensar. Cabe destacar que, ninguno de los dos puede llegar a la plenitud; no obstante, la trampa del confort es que nunca llega al placer, sino que a la decepción: “Las sociedades hipermodernas aparecen como las sociedades de la inflación de la decepción. [Porque] cuando la felicidad es prometida y todos los placeres son exaltados en todas las esquinas de las calles, la vida cotidiana es duramente puesta a prueba” (Lipovetsky, 2006b, p. 19). Pruebas que expresan el fracaso del individuo, porque no cumple con las expectativas arrojadas por la seductora y falsa publicidad.

No puede reflexionar, no puede pensar, está atado al dolor vacío. Su vida no tiene sentido, o su único sentido es seguir

sobreviviendo para intentar pagar las imposibles culpas de la sociedad de la decepción, o en sentido ontológico: de la voluntad de servidumbre cristiana. Y también hay que aclarar que no es solo el valor reactivo de la culpa, sino que también es el precio, provenientes de las compras de cosas para llenar su cadente nihilismo. De todos modos, así nace el régimen de esclavitud del siglo XXI, con las categorías de narcotización, la deuda impagable, el alto rendimiento, las terapias ineficientes, los psicólogos que se transforman en amigos falsos, los coaching “ontológicos” para la eficiente explotación grupal, el cibercontrol... En suma, todos los efectos del régimen de positividad del capitalismo avanzado

Este nuevo ego auto-explotado e hipernarciso puede ser reflejado en el desarrollo de los modelos comunicativos. Se trata pues de la transformación entre el broadcast al podcast (Cuadra, 2007). El primero trata del típico modelo vertical de comunicación: televisión, radio y periódicos, provenientes de modelos fordistas de organización, donde el receptor está indiferenciado y el emisor es único. Se trata de los modelos de información antes del nacimiento de la red. Por ejemplo, en este modelo en particular, primero se escuchaba la radio, luego se veía la programación de la TV de modo pasivo (con una oferta de contenidos asociados a horarios rígidos). En cambio, ahora esto ya no tiene sentido, pues aparece un consumidor activo que tiene la capacidad de elegir los contenidos con flexibilidad. Y más allá, aparece el podcast, pues el usuario no sólo elige los contenidos que desea, sino que también los puede producir, es decir, generar una nueva información.

Digamos muy brevemente que, en el devenir histórico que se abre con las mutaciones de la comunicación, o si se quiere, con el cambio de la sociedad letrada hacia la sociedad virtual, se entiende que hay una disolución de las categorías a priori de espacio y tiempo provenientes de la estética trascendental (Kant, 2005), algo así como que ya no estaría vigente por las mutaciones de nuestra Epojé (en sentido husserliano). Pues bien, nosotros postulamos que no es del todo acertado. En nuestra reflexión, la llave o ¿trampa? maestra kantiana se actualiza de manera escandalosa y espeluznante con el devenir de la hipermodernidad. Pues al menos si consideramos tan sólo una aproximación a la estética – a nivel político a nuestro parecer el notable texto de Félix Duque revela la manifestación explícita del pensamiento político kantiano (Cf. Duque, 2006), en perspectiva de aprehender y comprender la conceptualización de (nuestro) tiempo, la experiencia manifiesta ya, la contención de las transformaciones de la llamada sociedad virtual. Porque el tiempo es: la diferencia, la inmediatez, sensibilidad. Categorías que son definitorias e inevitables para pensar nuestro presente comunicacional conectado e impulsivo.

Las nuevas plataformas virtuales adquieren un nivel de complejidad que no solo suma datos desde la interrogación -por ejemplo la (vieja) encuesta, sino que ahora los usuarios de la red vienen a entregar de forma gratuita y voluntaria sus formas de comportamiento a la nueva conciencia tecnológica, que se reconoce como el Big data. Este cerebro similar a la ficción de la trilogía Matrix de las hermanas Wachowski (1999-2003) tiene información privilegiada del quehacer de los humanos. En ello, las plataformas virtuales juegan un rol realmente importante en la predicción de la acción humana, pues son ellas las que se encargan de vender las conciencias virtuales (datos) a las empresas transnacionales, las policías de Estado o alguna consultora de la ingeniería social. El nacimiento del cerebro técnico del mundo adquiere una mayor significación con el concepto de psicopolítica.

Nos dirigimos a la época de la psicopolítica digital. Avanza desde una vigilancia pasiva hacia un control activo [...] El Big Data es un instrumento psicopolítico muy eficiente que permite adquirir un conocimiento integral de la dinámica inherente a la sociedad de la comunicación. Se trata de un conocimiento de dominación que permite intervenir en la psique y condicionarla a un nivel prereflexivo (Han, 2014, p. 14).

Estamos frente al advenimiento de una nueva dominación, ya que no solo se vigila y castiga las fuerzas productivas del cuerpo, sino que, en virtud de las nuevas tecnologías de dominación, se conceptualiza una forma de adiestramiento de la psique como fuerza productiva. “Para incrementar la productividad, no se superan resistencias corporales, sino que se optimizan procesos psíquicos y mentales. El disciplinamiento corporal cede ante la optimización mental” (Ibíd, 24). No solo se trata de un cambio en el trabajo mismo, sino que también trata de una de las tantas venenosas mutaciones que adquiere el capitalismo con arreglo a perpetuidad de la dominación. En efecto, la violencia de la hipermodernidad no acontece de acuerdo con parámetros de soberanía clásica, sino que a partir de estatutos biopolíticos (Cf. Espósito, 2006), “la violencia [...] no es privativa, sino saturativa; no es exclusiva, sino exhaustiva” (Han, 2012, pp. 22-3), ella no se basa en un dolor corporal, sino en un cansancio mental. En aquella aplicación de la violencia neuronal, podemos visibilizar un orden posinmunológico, basado en una sociedad idéntica, cansada y decepcionada. El deterioro por el exceso de lo igual no permite la oportunidad de manifestación de la negatividad -cualidad esencial para el pensar y para el movimiento. Al no tener conciencia de su dolor (producto de la anestesia hipermoderna) el trabajador de rendimiento recurre al tramposo médico, él en razón de su (auto)-daño o también en virtud de hacer crecer su bolsillo -asimismo del mercado farmacéutico, lo diagnosticará con stress y con necesidad urgente de entrar al mercado del drugstore. De este modo el dopaje “perfeccionará” su cuerpo para la explotación. Luego como efecto, se anestesia el dolor neuronal. El dolor neuronal y el

posterior dopaje es ad infinitum. Este proceso se torna extremadamente violento, y no sólo en los trabajadores; piense en la crueldad del dopaje en los niños. La anestesia de la hipermodernidad produce una castración de la conciencia reflexiva para-sí, es decir, del sujeto implicado. Hay un gigantesco dolor que no se manifiesta, que no permite abrirse a la posibilidad de saber que el fracaso no es de la finitud (del cuerpo), sino que es del sistema mismo.

De acuerdo lo anterior, tenemos la garantía para pensar que el sistema de dominación global –cuya matriz de legitimación es la democracia representacional, no solo se inmiscuye en que la servidumbre cumpla las altas expectativas de producción, por ejemplo, que produzca una cantidad mínima de grano o creatividad, sino que también el sistema se adentra en el cerebro mismo del siervo. Y por tanto, al tener magna atribución, puede saber si el siervo sufre algún “desperfecto” psicológico que podría eventualmente afectar la producción, y las relaciones sociales entre los trabajadores.

La imagen vacua

En el arrollador espectáculo, aparece la producción y postproducción asociadas a la presentación del estado nocaut. El combo astuto y meditado, consolida instantáneamente el efecto del olvido del presente. Este boxeador se reconoce en el pensar como: la industria cultural; el combo two by one es la fatiga del presente, es decir, los hechos se desaparecen por el exceso de información. Exceso que se traduce en una positividad extrema, donde se hace imposible a la comunidad establecer una narración que conjugue todas las noticias en un relato. Recordemos que el dispositivo moderno además de constreñir la conciencia del pensar logra eficazmente el olvido, y la desaparición del cuento.

La paradoja de la anestesia es que deviene en un superficial cinismo, cuya práctica es no hacer nada con la catástrofe, o hacer como si nada ha pasado.

“Mientras más estamos, en tanto que testigos-espectadores de esta actualidad saturada de imágenes, literalmente envueltos por el desastre del mundo, y más se intensifica el proceso de insensibilización anestésica; más nuestra condición anestésica parece requerida para que [...] no sucumbamos a una melancolía (histórica) sin fin” (Brossat, 2008, p. 74).

En este cinismo pueril, las (re)producciones audiovisuales, que no son más que el mismo cuento repetido del cine narrativo clásico –pero trastocado cosméticamente, logran manifestar el gran dolor de nuestra época. Aquellos dispositivos audiovisuales expresan en su modo esencial una sociedad post-catástrofe, en la cual parte de la población ha sucumbido a la muerte, en algunos casos aparecen los casi-muertos o zombies, contra los pocos vivos limitados de bienes. Ahora que se fue la catástrofe, a Hollywood se le acabaron las ideas, y volvió a los remakes de películas

antiguas, centradas principalmente en héroes de comics, incluyendo también la figura femenina, aprovechando que el mercado se “democratizó” hacia ambos géneros.

¿Estamos tan mal? Podría ser que ni siquiera seamos zombies y que ya estemos muertos. O tal vez, somos los zombies buscando un nuevo sentido después de la muerte; y sí, por las cosas de la vida, fuera de todo resultado de los muertos a medias y héroes solitarios y sin padres, ¿ya somos fantasmas del amor platónico?

El tráfico de imágenes propicia una inmensa indiferenciación ante el mundo real. En última instancia, el mundo real se convierte en una función inútil, un conjunto de formas y acontecimientos fantasmas. No estamos lejos de las siluetas proyectadas en los muros de la caverna de Platón (Baudrillard, 2006, pp. 64-5).

Quién sabe si ya estamos muertos o no, pero de modo efectivo, con la anestesia de nuestro presente la estética queda suprimida y ocultada por la plétora (casi) platónica de la instantaneidad de las imágenes. Este ojo que gusta de la cinematografía de la industria cultural necesita tomas cortas y veloces, que se aproximen a un movimiento incesante. ¿Qué tipo de tiempo es este? Y más allá, ¿hay experiencia, dentro del imaginario popular que acude al mercado cinematográfico de Los Ángeles? A raíz de lo anterior, piénsese en como los jóvenes criados y producidos con la industria del porno audiovisual piensan que aquellas escenas patriarcales son un acto sexual normal.

No olvidar que nuestro orden sistemáticamente apela hacia la inmediatez de las cosas y las relaciones imperfectas, o más bien a las asociaciones degeneradas. Aquí lo podrido y el poco aire ya ni siquiera está en el ambiente, como un gas, un mal olor asfixiante, sino que está en el cuerpo mismo, cuerpos desintegrados y mutilados que han perdido el habla, ¿han notado como utilizan el lenguaje los zombies? También pareciera ser que se les desintegró la razón.

Porque precisamente los humanos producidos desde la industria cultural no pueden acceder al infinito espacio literario de la imaginación (o del tiempo) porque están anestesiados por el imperar técnico de la comunicación e las imágenes vacuas. Como resultado se produce la inmunidad de la anestesia del nocaut. Ella se presenta cuando aparece la pérdida de la prima fundamental del pensamiento: la sensibilidad. Ese invento médico que se produjo para intervenir el cuerpo, en la esfera cultural está generando en nuestro convivir una identidad vacía. En esto, la anestesia juega un papel de control y luego de mutilación de toda sensibilidad. ¿Cómo se despierta después de un nocaut insolente de tontera?

Conclusión

El pesimismo latente de Lipovetsky, a veces, logra su cometido; volverte pesimista, y de algún modo un pesimista reactivo. Aunque cualquier sensibilidad se dará cuenta que las efectividades de la consumación posmoderna no abren un panorama alentador, y menos una atmósfera ideal para pensar la política. Es más, si pensamos en términos clásicos, la actividad del desacuerdo está aplacada con las políticas liberales del consenso, porque la anestesia no solo penetra la sensibilidad, sino que también el régimen de orden democrático. El panorama es desalentador desde el pensamiento posmoderno, luego hipermoderno, pues pareciera ser que el único flotador a este salado vivir es la muerte.

De todos modos, la comunicación y las imágenes asociadas al imperar de la industria cultural no pueden decir nada más que su inmediatez efímera, y luego, el posterior olvido. ¿Habrà que seguir insistiendo (con la gigantesca tormenta de estudios), o mejor será enterrarlo, y buscar otro horizonte de pensamiento?

Si fuera la muerte, entonces nosotros creemos que la sociología ya está culminada, y tenemos que ir en la búsqueda de algo más, hombres sin cabeza, diría Bataille (1973), pensamiento diagonal, tal vez. En lo anterior, el juicio de Empédocles es una vieja y buena (amiga) política visible, o quizás, un pesimismo creativo (y maldito), a la manera de Spinoza (2017) y Nietzsche (2008). El nudo gordiano de la sociedad del espectáculo es que siempre hay otra posibilidad, no está todo cerrado, hay buenas y cálidas esferas, también lo abierto nunca se ha cerrado, a pesar de que la inmunidad juegue un rol desenfrenado en impedirlo. Las chances son laberintos secretos, conferidos a una comunidad que no existe, y que se niega a participar del espectáculo del sistema-mundo. Porque sabemos que, al entrar a la publicidad expuesta de la comunicación en red, cualquier inteligencia se vuelve burro, y cualquier burro es catalogado como Premio Nobel. Hay una insensibilidad total, basta darse un breve paseo por las redes, y leer las opiniones. No solo es insensibilidad, sino que hay una profunda pena sin inteligencia, muchas veces constreñida por el alto dopaje, o el deseo de consumo.

Para revertir el decaimiento ético político de la cultura consumada, no hay manuales, ni recetas. Solo un poco de la buena y simple sensibilidad. Pensamos que el viejo Nietzsche (2004) se arrepiente de la reflexión juvenil que buscaba conciliar dialécticamente el orden (Apolo) y el desborde (Dionisio), optando al final por esta última, pues al parecer se dio cuenta que orden va a sobrar para el futuro. Piense que ya es normal que sus desechos se vayan por el water closet y que los mails lleguen a destinatario (atención antes no lo era). Porque la civilización prueba todos los días su orden, y generalmente funciona y lo respeta, lo respetamos. Lo que canta Federico es diferente, los mails se pueden extraviar, el hombre igual puede caer, y bueno sobre los

desechos nadie (con razón) quiere que pierdan su conducto regular. No hay que ser dualista con la nueva metamorfosis del porvenir, a este charquicán hay que ponerle también fibras de astucia.

De todas las largas especulaciones hay una prima. Vivimos en la nada, por ello del sentimiento en adelante, un poco romántico, pero el comienzo es el sentimiento. Y desde ahí hacia el infinito: la intuición, percepción, conciencia y quien sabe si podemos conocer en nuestro siglo una autoconciencia espiritual, pueden esperar, al menos, un poco. Porque vamos con todos. **Re**

Referencias:

- Bataille, G. (1973). *L'expérience intérieure*, en: *Œuvres complètes*. Paris: Gallimard.
- Baudrillard, J. (2006). *La agonía del poder*. Madrid: Circulo de Bellas Artes.
- Brossat, A. (2008). *La democracia inmunitaria*. Santiago: Palinodia.
- Charles, S. (2004). *L'individualisme paradoxal*. Introduction à la pensée de Gilles Lipovetsky, en Lipovetsky et Charles. *Les temps hypermodernes*. Paris: Grasset.
- Cuadra, Á. (2007). *Hiperindustria cultural*, Santiago: Ebook.
- Duque, Félix. (2006). *¿Hacia la paz perpetua o hacia el terrorismo perpetuo?*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Esposito, R. (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fukuyama, F. (1993). *El fin de la historia y el nuevo hombre*. Barcelona: Planeta.
- Han, B. C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- Heidegger, M. (2010). *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza.
- Heidegger, Martin. (2015). *Ser y tiempo*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Kant, I. (2005). *Crítica de la razón pura*. España: Taurus.
- Lipovetsky, G. (2006a). *La société de déception*. Paris: Les editions Textuel.
- Lipovetsky, G. (2006b). *Le bonheur paradoxal. Essai sur la société d'hyperconsommation*. Paris: Gallimard.
- Lowy, L. (2006), *Le capitalisme comme religion*, en: *Raisons politiques*, Presses de Science Po, 2006, p.203-220.
- Liotard, J. F. (1979). *La condition postmoderne. Rapport sur le savoir*. Paris: Les Editions de Minuit.
- McLuhan, M. y Fiore, Q. (1967) *The medium is the message: An inventory of effects*. New York: Bantam.
- Nietzsche, F. (2004). *El nacimiento de la tragedia*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (2008). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. W. (1998). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta.
- Ossa, C. (2016) *El ego explotado. Capitalismo cognitivo y precarización de la creatividad*, Santiago: Dep- to. de Artes Visuales U. de Chile.
- Sloterdijk, P. (2010). *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Spinoza, B. (2017), *De la liberté de penser dans un État libre*. Paris: L'Herne.
- Stiegler, B. (2003). *La técnica y el tiempo 1. El pecado de Epimeteo*, España: HIRU.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. España: Fondo de Cultura Económica.

La racionalidad comunicativa de la excepción¹

Fernando Daniel Carreño Donoso

Universidad de Chile

fcarrenod@gmail.com

Resumen

El presente escrito pretende observar de manera preliminar la íntima relación que existe entre la noción de estado de excepción, democracia y comunicación. La apuesta se enfoca en mostrar los elementos conceptuales que -inicialmente- permitirían construir la trama argumentativa respecto a la racionalidad comunicativa de la excepción, considerando el carácter agonal de la democracia. Por último, se presenta una breve reflexión respecto al discurso y los medios de comunicación como posibles dispositivos de la excepción.

Palabras clave

Excepción, democracia, comunicación.

Abstract

This paper intends to observe in a preliminary way the intimate relationship that exists between the notion of a state of exception, democracy and communication. The gamble focuses on showing the conceptual elements that, initially, would allow the argumentative plot to be constructed with respect to the communicative rationality of the exception, considering the agonal character of democracy. Finally, a brief reflection on the discourse and the media as possible devices of the exception is presented.

Keywords

Exception, democracy, communication.

¹ El presente texto corresponde a un fragmento del trabajo de tesis presentado por el autor para optar al grado de magíster en Comunicación Política por la Universidad de Chile.

Introducción

Pocas dudas parecen haber respecto a lo que por democracia se entiende en la actualidad, más si se aborda tomando en consideración las formas contemporáneas de su ejercicio, que de manera veloz se asocian a la posibilidad de elegir periódicamente a diverso tipo de autoridades nacionales, estatales o de gobierno, además de otros aspectos de carácter administrativo que conformarían la estructura de la propia democracia. Sin embargo, es preciso indagar más allá del acto propio al sufragio y otras formas procedimentales, pues, a priori y a posteriori, relaciones de poder, juegos de fuerza, dispositivos de control y despliegues discursivos continúan en funcionamiento, declarando la esquiva quietud de lo político. El conflicto, el disenso, el litigio, brotan desde lo más íntimo de la vida en comunidad, activando movimientos hegemónicos y resistencias que ponen en cuestión cualquier voluntad aquietante en el complejo entramado social, densificando así la cuestión de lo político y avisando su potencia.

Ahora, un elemento de radical importancia para la democracia y lo político, es la comunicación. Y en los términos contemporáneos, esto toma mayor gravedad al momento de poner en cuestión y examen los dispositivos de la comunicación.

Los estudios concernientes a los efectos de la comunicación de masas son profusos y largamente extendidos en el mundo académico e investigativo², sin embargo, el objetivo de este artículo sigue un camino poco ortodoxo respecto a la ciencia social como tal. Se tratará de hacer visibles los conceptos centrales que se articulan y ponen en juego al momento de ensayar la relación entre estado de excepción, democracia y comunicación. Una revisión inicial que sienta los elementos centrales para comenzar -sin clausurar- a diagramar una formulación en torno a la racionalidad comunicativa de la excepción y los dispositivos comunicacionales. En ese intersticio se mostraría una discursividad democrática ligada a la excepción.

²Clásicos son los trabajos de investigadores como Marshall McLuhan y Harold Lasswell, entre otros.

Parte I: Democracia, el desborde de lo procedimental

Más que una advertencia, este primer párrafo pretende clarificar el desarrollo del propio apartado, pues un elemento que debe quedar bien instalado de aquí en más es que la democracia no sólo remite a una formulación institucional que fija las normas y maneras de elección de autoridades, determina la condición de ciudadanía y habilita la propia técnica de gobierno que se extendería hegemónicamente en el mundo en casi la totalidad de los Estados. Así las cosas, tal como plantea Agamben (2010), por democracia intentaremos entender una conceptualización que va más allá de una práctica administrativa.

Uno de los intentos por estudiar la cuestión de lo político desde una posición que reconoce su carácter conflictual y que, por consiguiente, asume a la democracia como el espacio de la diferencia y la representación de los antagonismos, está presentado en el trabajo de Chantal Mouffe. Insertando su lectura del asunto desde una estrategia escritural que pone su acento en las formas de actuar democrático, Mouffe (2007) propone escapar de aquellas lecturas liberales de lo político que se instalan en el registro del consenso en torno al mismo. En otras palabras, el intento declarado es el de romper con el *telos* liberal que piensa a la democracia como el régimen que consume el consenso y la convivencia pacífica de los individuos en el Estado. En definitiva, su aspiración es rescatar a la democracia de la lectura de la pacificación para (re)inscribirla en la vereda ligada a la noción conflictual de lo político.

Más allá del procedimiento electoral, la democracia reclamaría un fundamento agonal, antagónico, donde las disputas por el sentido acontezcan para dar paso a fisuras en ordenamientos presupuestados. En cierta medida, Chantal Mouffe -al igual que tantos otros a través de la historia de las ideas- nos permite concretar un primer ingreso teórico al problema de la democracia cuando traza sus reflexiones respecto al antagonismo y la lógica adversarial, mencionando que la esencia de lo político (en su expresión democrática) es la posibilidad del conflicto en un contexto pluralista. Aquello indica que la democracia está dispuesta de tal manera que la diferencia es un elemento que comporta su condición de posibilidad, abriendo paso a las relaciones entre adversarios en un mismo espacio simbólico, el espacio democrático.

Por otro lado, interesante es la lectura de Jacques Rancière. Según el argelino, la democracia se constituye bajo una lectura que, de momento, hegemoniza su sentido: el pastor y su rebaño (Rancière, 2012). Esta es una relación de dominación que se fortalece en la medida de su capacidad para consolidar un sujeto político des-anclado de cierta noción de comunidad. Lo común se diluiría bajo la forma de una vida individual sumada, donde la potencia política radica en la posibilidad del gobierno de muchos por uno. Rancière menciona que tal consideración tiene

una fuerza superior en el mundo contemporáneo, donde vemos el amplio despliegue de las nuevas tecnologías de comunicación que vendrían a ser el engranaje esencial, pues ha dado paso a la completa masificación del sujeto consumidor abnegado al individualismo. La democracia, por tanto, sería el mejor escenario donde la performance humana hace gala de aquel individualismo rampante.

Democracia y excepción

Giorgio Agamben propone con un alto grado de astucia una reflexión que apunta hacia un momento de suspensión del derecho que vendría a bien considerar acá. Lo que se presenta en el pensamiento del filósofo italiano en torno a esta interrupción es un dispositivo que se ha utilizado en diversas ocasiones durante la historia. Agamben (2003), en tal caso, es bastante claro al ofrecer en su obra un recorrido por aquellos momentos en los cuales el derecho se ponía en suspenso. Se trata del estado de excepción³.

En primera instancia, la excepción remite a la puesta en suspenso o cancelación del derecho en respuesta a una situación de crisis o desorden donde la norma jurídica pre-establecida no puede actuar por el hecho de no contar con las herramientas para hacerlo. Es un momento donde el hecho excede al derecho, donde el acontecimiento se torna más poderoso que cualquier orden dado de cosas. Atendiendo a tal escenario, el estado de excepción vendría a ser un dispositivo (extra)jurídico que se hace cargo de lo que le acontece al Estado (como ente rector de la comunidad) para así tratar de (re)imponer el orden por la fuerza de aquello que desbarata al derecho mismo. La restauración de la normalidad se torna esencial; acudir a la excepción se torna obligatorio (incluso podría ser considerado un imperativo moral en beneficio de la restauración del orden). Considerando este aspecto, se evidencia que la política tiene un carácter violento, más aún si se toma en cuenta que la mantención del cauce natural de las aguas del orden supone una intervención que desborda al propio estatuto que trabaja en favor de la mantención del estado normal de cosas.

El estado de excepción también cuenta con una particularidad que no podemos dejar pasar. Se trataría de un momento político, de una fase que tiende a ser naturalizada en el tiempo y devenida la forma jurídica del gobierno. Sin embargo, hablemos primero de una etapa en la cual el soberano ha conseguido naturalizar cierta forma política que hoy parece ser común, así, estaríamos en presencia de una constante estructural en el desarrollo de lo político. La excepción pasa a ser condición antes que anomalía pasajera de la misma democracia.

³ De suma importancia es considerar la reflexión de Carl Schmitt respecto a la excepción en su escrito del año 1922. Véase: *Teología Política*, 2009.

Las lecturas de Agamben (2013) ligadas a Hobbes hablan del poder del soberano como una manera de institucionalizar la excepcionalidad por intermedio de su quehacer, dotando al mismo de cierta capacidad que permite depositar en él la potencia de otros. Configura así una formulación de lo soberano como condición de posibilidad de lo dócil, administrando el poder y, en rigor, facultándolo al manejo de formas de gobierno político. Parece perfilarse, en cierta medida, la forma política moderna y contemporánea que actualmente festejamos, pero, sin darnos mayor cuenta que caemos en un estado de indigencia en tanto que comunidad. A lo que nos referimos es a la forma en la que hoy la política se presenta ante la ciudadanía por intermedio de los medios de comunicación masiva y su relevancia cruzada por el mercado. De esta manera, es razonablemente pensable un escenario en que lo político comience a jugarse en espacios mediales donde se inicia la obliteración de la propia política. Aquello tendría sus peores consecuencias en el propio carácter del “hombre de política”, pues se consolida el mismo como consumidor, convirtiendo aquella faceta en la forma propicia para su habitar en la tierra.

Lo que se muestra entonces es la consolidación de un sistema de medios dominado por un monopolio cultural, una modalidad que se escinde de lo estatal pero que le requiere como garante de la pretendida libertad. Por tanto, se articula una libertad regulada por la fuerza de la Ley y presentada como democrática, pues asegura la competencia y simula la voluntad del hombre libre. De cierta forma, se ofrecen aquí los contornos de la prensa contemporánea y, a la vez, su subordinación a cierta racionalidad que la despotencia, convirtiéndola en mecanismo de control del capital asociado a las grandes cadenas de medios de comunicación. Fundamental ante esto es la suposición de un régimen racional donde todo individuo goza de la capacidad plena y absoluta de su soberanía desprovista de control superior, habilitando la competencia como eje de la relación humana. Además, tal faceta de la sociedad neoliberal comienza a normalizar, en un lenguaje único, la forma individual como base de lo (no) común.

Importante y clave en relación a lo anterior es la disposición contemporánea de la vida de (entre) los hombres. Actualmente, la vida política parece actualizarse bajo el supuesto del derecho propio de la libertad de expresión, lo que nos indicaría cierta libertad humana y condición de la política democrática, sin embargo, ¿cómo podría ser posible considerarse libres al momento de operar aquella soberanía que nos sacrifica sin darnos muerte? (Agamben, 2013). Pareciera acontecer una paradoja al momento siquiera de enunciar la posibilidad de una vida sometida a su muerte. Bien vale remitirnos (quizás una y otra vez) a la condición humana provista de lenguaje que la hace posible (Arendt, 2009). Sin embargo, todo se hace brumoso si la vida misma parece estar muerta sin sacrificio del cuerpo biológico, anunciando

toda comunicación como una exposición de voces inertes públicamente dispuestas. La comunicación política, en los tiempos de la mediatización, sería una categoría biopolítica del poder soberano y, además, una exposición aparentada de la comunidad y lo político. También una estrategia política de gobierno, donde los cuerpos han quedado expuestos a la fuerza de un agente que hace manifiesta su relevancia en el mundo actual.

Pensar la política y la comunicación desde este entramado problemático, haría presentar-nos como un: “caso flagrante de homo sacer, en el sentido de una vida a la que se puede dar muerte pero que es insacristable” (Agamben, 2013, p. 147), permitiendo el uso de los medios como un elemento de consolidación de la vida incluida en lo social y lo social excluido de la vida, pensando a la misma como epicentro de lo político.

Trabajar en base a una consideración política que remite a la excepción y la relaciona a formas comunicacionales, a dispositivos de despliegue discursivo, implica ensayar ideas que recorren y recorren el pensamiento de Michel Foucault. Más precisamente, considerando los alcances, problemáticos y fructíferos, de la normalización, entendida aquella como una forma del discurso que subsume e intenta convertir toda anomalía que se presente en el campo de lo social (Foucault, 1992). Se trata de la realización de una adecuación funcional al orden de la producción por intermedio de diversos dispositivos y técnicas de gobierno. Sus implicancias podrían vislumbrarse como una modalidad del poder que, en el plano discursivo, mostraría la fuerza de una moral política y una judicatura acorde al orden gubernamental (Foucault, 2007), a la estructura de la comunidad deseada por el orden.

Pareciera que, en su forma contemporánea y extendida en el sentido común, la democracia requiere de ciertos márgenes discursivos que la hagan posible. Y no sólo en términos simbólicos, también en un plano material, es decir, considerando la relevancia de la palabra y la imagen en la constitución de un quehacer, de una práctica ligada a la racionalidad que la sustenta. Así, la gravedad, el peso de su operación, nos obliga, nos insta, a reflexionar respecto a una forma y a un cuerpo que se despliega en el régimen democrático. Por lo tanto, observar la puesta en forma del discurso democrático -y su racionalidad- como tinglado político que apropia, da tratamiento y produce un sujeto, una comunidad y un régimen u orden de gobierno, permitiría trazar una vertiente analítica que vaya más allá de lo propiamente procedimental de la democracia.

El marco democrático contemporáneo, el régimen gubernamental que hoy destaca como elemento exclusivo de la vida en común, sitúa como protagonista una lógica comunicacional que se somete a la alta relevancia de los medios

masivos de comunicación que, de alguna manera, marcan pautas en el espacio público. Tal relación entre esta lógica y sus medios debiese presentarse como propia de un espacio de disputa donde se cruzan posiciones potencialmente en contradicción o, eventualmente, en conjugación dentro una disposición políticamente acorde a ciertas normas. Sin embargo, nada asegura (por más que en democracia se quiera o se desee) el surgimiento de otros discursos que pongan en cuestión más de una norma.

De momento, bien vale señalar que la democracia, su ejercicio, requiere de ciertos dispositivos que den forma a una idea propiamente procedimental de lo democrático. Si seguimos la reflexión agambeniana⁴ respecto a la revisión del concepto dispositivo en Foucault, podríamos poner en relieve la capacidad de ciertas estructuras propias de la comunicación de masas que hacen posible la articulación entre la noción del gobierno de las personas y la impotencia de las mismas, configurando una trama que permita la consolidación del individualismo y rompa con algún sentido de comunidad. Esto, por el momento, guarda una gravedad que ataca directamente a lo político como expresión del con-vivir, pues lo anula. La democracia ha tendido a alejarse de la vida en común, de esa vida política que a la vez la hace posible. Mientras tanto, la noción de dispositivo apunta a un elemento central a toda esta discusión, el sujeto pensado desde la relación del ser y el dispositivo mismo (Agamben, 2011).

Parte II: Lo político de la comunicación

En su carácter político, la comunicación revela estados de disputa y antagonismos que actualmente parecen avanzar hacia su contrariedad, una pasividad de los conflictos. De cierta forma, los medios por los que se exponen posiciones y discursos (sean estos emitidos por personajes político o no) han avanzado fuertemente a convertirse en espacios de docilización que ponen de relieve la uniformidad del discurso civilizatorio. Justamente es desde ahí que el conflicto busca posicionarse públicamente como indeseado en el indicador de la salud social; se convierte en la postura equivocada del vivir en común y de la posibilidad misma de la comunidad. Mientras aquello ocurre, la asfixia de lo político se convierte en procedimientos y funciones administrativas del Estado y del gobierno, y el espacio público comienza a ser significado como los grandes centros comerciales de la ciudad, donde (supuestamente) brotaría lo más prístino del individuo democrático. Se invierte la relación entre lo público y lo privado.

⁴ Ideas tomadas de un artículo del filósofo italiano en Agamben (2011)

La comunicación y la información actúan en el interior de la creación de posibles para reducir la relación de acontecimiento y sus bifurcaciones imprevisibles, sus aperturas problemáticas (que se expresan en los enunciados y en los signos) a una simple “transmisión de información”, a un simple “intercambio comunicacional” (Lazzarato, 2006, p. 144).

El evitar posiciones adversariales tiende a presentarse como virtud y toda contradicción pasa a ser anómala en favor de un régimen de orden. Sin embargo, aquella anomalía acontece, en ciertas ocasiones, como la disposición disruptiva a un modelo que busca inmunizar la vida, la que ya se encuentra neoliberalmente establecida. En ese acontecer es que se ha dado visibilidad a la potencia de lo político y su trayectoria, en cierta medida, haciéndola posible en un mundo que busca su clausura.

Pensar estas disonancias ratifica que la sociedad no es un constructo unificado, sino más bien una posibilidad en constante revisión o problematización. Es en este intersticio categorial donde lo discursivo manifiesta su importancia radical para la presente reflexión. Además, debe considerarse con amplia relevancia lo ya mencionado en los apartados anteriores respecto a los dispositivos de la comunicación, principalmente respecto al rol que juegan como vehículos de despliegue discursivo.

En la actualidad del momento democrático, este proceso se naturaliza y se presenta como inofensivo -incluso deseado- para la libertad y su puesta en obra. La totalidad discursiva del consenso actúa como el antídoto preferido para la constante expansión de una violencia prima que es sublimada por la propia comunicación, pero que da cuenta de la fuerza que pone en los bordes toda voluntad alternativa. El pluralismo y la diversidad se presentan desde la banalidad del consumo de bienes y la política comienza a hacerse innecesaria ahí donde las lógicas del individuo consumidor se potencian, es decir, lo diverso se verifica en consumo diversificado. Por otro lado, la diversidad política, la que se pone en pugna y litigio, es sólo una pantomima que se hace visible en el procedimiento electoral. Es justo en este escenario en que la comunicación y sus dispositivos muestran los debates (formato periodístico hiper utilizado en periodo electoral) como si se tratase del momento crucial para el devenir de una sociedad. Comienza a perfilarse una obstrucción de la política que refuerza el beneficio del status quo y se muestran problemáticos aquellos discursos generalmente subalternizados (feminismo, indigenismo, género, etcétera).

Un elemento de alta relevancia para lo que sigue de este escrito es aquello que subraya la existencia (o creación) de un enemigo que toma forma bajo la oposición discursiva. Es decir, “el campo discursivo de lo político implica un enfrentamiento, relación con un enemigo, lucha entre enunciadores” (Verón et al., 1987, p. 16). Es así como el

propio Eliseo Verón identifica dos tipos de destinatario, uno positivo y otro negativo, en el discurso. Lo interesante de esta distinción es que se pre-supone la existencia de un otro que en el acto de la recepción se posiciona como adversario. En esa contraposición se asume la existencia de un sujeto que porta una discordia, un sentido diferente y divergente. Lazzarato (2006), leyendo a Bajtin, también aventura su reflexión considerando al autor de un enunciado (el locutor) y otro que participa dentro del acto de un lingüístico creador, diferenciando el acto y resonancia de la comunicación entre la conversación y la opinión pública.

Continuando con Verón, si pensamos en una relación de poder, este juego discursivo supondría, de una u otra forma, un ánimo político donde el acto comunicativo se configura como un elemento de embate. Además, es de suyo importante considerar que en esta relación el dispositivo de la comunicación vuelve a tomar un carácter protagónico, más si se considera el mismo como un artefacto de la excepción. En este sentido, todo dispositivo comunicacional comporta (en su esencia) otro escenario de disputa y consolidación del poder hegemónico. Las variables de la acción (comunicar) y el dispositivo (medio) se entrelazan para sofisticar el estado de excepción discursivo. Es decir, son vectores de un poder contemporáneo que dispone su fuerza con velo democrático. He aquí un señuelo para significar, por un lado, la democracia y, por otro, la libertad intrínseca de la comunicación como valor político de lo humano. Sin embargo, surge otra vez la aporía que signa la cuestión de la excepción, toda vez que tal disposición quita derechos políticos relevando la vida despojada de una política, poniendo en entredicho, por tanto, la mismísima arquitectura fundacional de la democracia y, con igual relevancia, el estatuto propio de la vida políticamente dispuesta, remarcando la distinción entre *bíos* y *zōé* (Castro, 2011). Además, y estrictamente relacionado, la racionalidad propia de la comunicación que aquí interpelamos inicia una embestida con la fuerza suficiente para el ahogo de un elemento fundamental de lo político, a saber, el acontecimiento y su potencialidad centrada (en un sentido) en la apertura de certezas, un cuestionamiento de lo establecido que es asumido como natural y, por tanto, coartando la propagación del disenso y el conflicto. Es así como se le da muerte en vida a toda posibilidad de otros discursos y formas-de-vida, justamente ahí donde se simula una comunicación libre mientras se forja el totalitarismo del capital en rostro democrático. Por tanto, ¿es la excepción comunicativa el régimen que excluye la vida mientras la incluye en lo social como vida puramente despojada de soberanía (o vida desnuda)?

Mientras la comunicación y sus fundamentos se re-significan para adecuarlos a la lógica propia del gobierno neoliberal, vemos cómo el devenir autoritario se fortalece bajo la concepción contemporánea de la democracia. Lo que muy

bien nos muestra Verón en sus escritos respecto a una lógica discursiva se torna difusa, pues la operación de los dispositivos de la comunicación busca la normalización del sentido de aquello que se pondría en disputa. La potencialidad de las relaciones discursivas como ejes de lo político son aplacadas en beneficio de la instauración y profundización de una moral democrática, de un gran valor del ordenamiento jurídico-político capaz de sedimentar un proyecto de buena-ventura social. Si hay una clara demostración de ello es la llamada Política Cultural del Gobierno de Chile publicada en el año 1974⁵. Una modalidad de control político ya se comenzaba a configurar a través de un recetario autoritario que, en gran manera, sería la base idearía con la cual hoy se presenta el accionar de los medios de comunicación.

Toma un valor decisivo para estos tiempos massmediáticos una observación y revisión crítica de la racionalidad misma de la comunicación y su discurso constitutivo. Además, cualquier noción de comunidad política se ve trastocada en esta problemática relación que, de momento, se torna histórica, mostrando su fortaleza en el desarrollo pleno del neoliberalismo y su noción hegemónica respecto de la libertad individual como valor fundamental de todo desarrollo económico-político. Siguiendo a Santa Cruz (2017), el discurso propio de la televisión como dispositivo de comunicación ha potenciado la heterogeneización social y la individuación como sustratos propios del capitalismo mediático, desplazando la categoría de ciudadano por la de consumidor mientras se normaliza la pérdida del carácter político de la comunicación. Los cuerpos receptores en la comunicación mediatizada son modelados con el objetivo de sedimentar cotidianidades donde el espacio público pierde sentido, pues ya no se trata de verificar oposiciones y antagonismos; por el contrario, se busca consolidar consensos discursivos desprovistos de politicidad y colmados de consumo e individualismo. Los problemas comunes ya no tienen relación con la precarización de la vida, sino más bien tratan de la acumulación de capital y la capacidad mercantil asociada, convirtiendo a la democracia en el óptimo escenario para el totalitarismo contemporáneo: la excepción.

Para Lazzarato (2006), no sólo es crucial volcar la reflexión sobre la co-creación de sentido, sobre lo plural, también es relevante pensar en los dispositivos que vehiculizan la comunicación. Por tanto, la racionalidad de la comunicación no tiene su única arista en el discurso propio como acto de habla entre personas, también se debe considerar la capacidad productiva (o improductiva) de los dispositivos de la comunicación. Los medios, por ende, tienen en su hacer una función política, modelan y disponen el acontecimiento mismo de la comunicación en función de una lógica de poder determinada y una gubernamentalidad adecuada para los marcos

⁵Se trata de un documento elaborado bajo el régimen de la Junta Militar chilena que tuvo por objetivo formalizar la disposición moral y disciplinar de la dictadura, apelando a un 'deber ser nacional' (Gobierno de Chile, 1974).

considerados democráticos, justamente ahí donde, a nuestro juicio, la disputa por el orden del sentido ha sido despojada de toda potencia política y presentada como procedimiento legitimador del poder y orden actual. Las nociones sobre la construcción de otros posibles se desdibujan y emergen con toda propiedad formas de vida domeñadas bajo únicos registros discursivos donde se hace fuerte aquel monolingüismo del que nos habla Lazzarato; ese registro que constriñe la multiplicidad y fomenta las clausuras, presentando un juego simulado de libertades democráticas.

No basta únicamente con la forma en que se despliega el discurso: también es radicalmente clave la plataforma por la cual el mismo se expone. Por tanto, si ponemos un foco reflexivo en el género periodístico y lo pensamos como dispositivo, bien podríamos anunciar que la retícula discursiva del neoliberalismo, de la excepción, de lo democrático, promueve y formaliza una ingeniería mediática a modo de estrategia política. El poder ya no sólo se posa sobre el cuerpo, también lo inunda simbólicamente a través del desarrollo industrial de la cultura.


A modo de conclusión

En las bambalinas del esfuerzo democrático, fuerzas y energías (públicas y no públicas) se encuentran en constante operación sin intención alguna de cavilar ante su objetivo, que no sería otro más que hacerse para sí del propio sentido común, llenar de significado aquellos conceptos que nos dicen, en su pulular mediático, qué es el orden, qué es la comunidad, qué es la política, qué es lo político, qué es lo bueno y qué es lo malo, qué es lo permitido y lo abyecto. De cierta manera, mirar a la democracia de frente. Observar qué discurso la constituye, considerando la relevancia de la comunicación, es poner a prueba lo más íntimo de nuestras propias nociones en torno a la vida política, a ese “vivir en común”.

Mientras atestiguamos el poderoso avanzar del neoliberalismo, la democracia occidental se fortalece; la comunicación mediático-espectacular se pone en el centro de la posibilidad de la libertad humana y el individualismo marca las formas de la comunidad, mostrando desde los propios medios de comunicación un paisaje bien estructurado para la realización de lo político, bajo el supuesto que esto considera una formulación para su puesta en marcha. La estampa que categoriza a los cuerpos como dignos de la política es aquel que inscribe a la humanidad en el sistema de relaciones sociales en clave neoliberal y delimita un discurso que le caracteriza a sí misma. Así, toda palabra ajena es volcada fuera de los límites propios del sistema, dibujando las fronteras de lo decible e indecible. Además, el procedimiento electoral que distinguiría a la democracia no es la característica indicativa de la misma, por el contrario, es sólo un engranaje que formaliza su faceta administrativa, decolorando la potencia de lo común y dando virtuosismo a la noción de persona como consumidor antes que ciudadano. Eso, por un lado;

por otro, se burla la hondura de la misma democracia, que contemplaría formas del poder que se nublan bajo la solemnidad administrativa de la misma en tiempos del capital. En otras palabras, en la medida en que situamos el foco (de las cámaras, de los estudios de televisión, de la mediatización) en los mecanismos que acreditan la existencia de una democracia, dejamos de iluminar y hacer visible el discurso político que la sustenta. Se muestran las bondades de la técnica, se ocultan las violencias del poder; por ello, es prudente -por decir lo menos- poner en examen y cuestionamiento el medio de comunicación como dispositivo de la excepción.

Por otra parte, en la operatoria actual del discurso comunicacional se podría poner en movimiento una faceta que implica la sobre-representación de algo así como un valor trascendente de la sociedad. No sería descabellado pensar que, en el contexto de la masificación total de los medios de comunicación, en su profundo despliegue ante la opinión pública, se presentaría una técnica comunicativa que posibilite la impotencia de todo sujeto político. También se podría decir así: el discurso democrático apunta hacia la domesticación del cuerpo social, domeñando su potencia política y, a la vez, incorporando su cuerpo en la estructura propia de una democracia de corte neoliberal. Comienza a hacerse visible la peligrosa relación entre dispositivo, comunicación y excepción. A la vez, se hace prudente otra pregunta: si queremos situar el análisis en el discurso de cierta excepción, ¿cuáles son los elementos que configuran el poder de tal discurso?

Excepción, mediatización, normalización. En estos tres elementos parece ponerse en juego, también, la configuración del poder en el discurso democrático. Es importante considerar que la mediatización guarda relación, principalmente, con una modalidad contemporánea que hace de todo fenómeno social y político un elemento propio a ser tomado, elaborado y, finalmente, comunicado a través de los medios de comunicación. En la actualidad, el desempeño de lo político suele ser evaluado por lo expuesto a través de dispositivos comunicacionales. Todo fenómeno así presentado puede ser sometido a escrutinio. Peor aun cuando ya ha sido matizado por el medio mismo. Así, el normalizar la condición discursiva actual hace posible que su propio despliegue avance en una suerte de llanura de lo político. La geografía democrática permite el avance seguro de la racionalidad excepcional, pues es el propio campo el que se ha reconvertido en el escenario performático del lenguaje mismo de la excepción. Ya no es necesario recurrir a hechos violentos para la consumación de la nueva forma de vida, pues es la misma violencia la que constituye el campo actual de lo político, es el fundamento de lo que venía a ponernos a salvo de los horrores de mitad del siglo XX. Hoy, parecemos estar a resguardo bajo la concepción de la inmunidad (Esposito, 2009); hoy, parecemos haber alcanzado la realización humana bajo una condición anestésica (Brossat, 2008) de lo social. 

Referencias:

- Agamben, G. (2003). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Agamben, G. (2010). *Democracia, ¿en qué estado?*. Buenos Aires: Prometeo.
- Agamben, G. (2011). *¿Qué es un dispositivo?* Sociológica, 249-264.
- Agamben, G. (2013). *HOMO SACER. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: PRE-TEXTOS.
- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Brossat, A. (2008). *La democracia inmunitaria*. Santiago: Palinodia.
- Castro, E. (2011). El concepto de vida en Giorgio Agamben. En R. Karmy, *Políticas de la interrupción. Ensayos sobre Giorgio Agamben*. Santiago: Escaparate, (pp. 83-111)
- Esposito, R. (2009). *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (1992). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.
- Foucault, M. (2007). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gobierno de Chile. (1974). *Política cultural del Gobierno de Chile*. Santiago: La Asesoría.
- Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, J. (2012). *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Santa Cruz, E. (2017). Derrotero histórico, tendencias y perspectivas de la televisión chilena. *Comunicación y Medios*, 35, 8-21.
- Schmitt, C. (2009). *Teología Política*. Madrid: Trotta.
- Verón, E., Arfuch, L., Chirico, M. M., de Ipola, E., Goldman, N., González Bombal, I., & Landi, O. (1987). La palabra adversativa. En E. Verón, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: HACHETTE, (pp. 11-26).